

Y por último, Bencivenni Folchi, por el gran maestro de Jerusalem.

Esta fué una reunion estraña, que hizo decir á Bonifacio VIII que venia á mezclarse en el mundo un quinto elemento, y que los florentinos eran el quinto elemento.

Los gigantescos frescos que cubren las paredes, así como todos los cuadros del techo, son de Vasari. Los frescos representan las guerras de los florentinos contra Siena y Pisa. Para la ejecucion de los últimos habia preparado Miguel Angel aquellos hermosos cartones que se han perdido sin que se haya sabido qué se ha hecho de ellos.

En las otras habitaciones del palacio, que son donde vivian, se encuentra tambien un número considerable de pinturas de la misma época casi. Es preciso exceptuar una lindísima capilla de Rodolfo Guirlandajo, que forma por su posicion estricta y religiosa una estraña oposicion con aquella pintura fria y pagana del tiempo de la decadencia.

Destruído como lo ha sido por los sucesores de Cosme I, el Palacio Viejo conserva todavía materialmente un recuerdo de la república. Es la torre de Barberia, donde fué encerrado Cosme el Antiguo, y á cuya puerta un siglo mas tarde, cuando la conspiracion de los Pazzi, el valiente gonfaloniero Cesar Petrucci hizo la guardia con un asador.

En esta torre, hoy separada como leñera, fué donde pasó Cosme el Antiguo los cuatro dias mas malos de su vida. Durante aquellos cuatro dias, el temor de ser envenenado por sus enemigos, le impidió tomar alimento alguno.

Porque, dice Maquiavelo, muchos querian que fuese desterrado; pero muchos querian tambien hacerle morir, mientras que el resto callaba ó por compasion ó por miedo. Los últimos, no tomando ningun partido, impedían que se hiciese nada. Durante este tiempo, Cosme habia sido encerrado en una torre del palacio, y puesto bajo la guardia de un carcelero. Aquel gran ciudadano oia el rumor de las armas que habia en la plaza, y el continuo sonido de las campanas de alarma que llamaban al pueblo. Temia á la vez que le hicieran morir públicamente, ó mas bien que le mataran en secreto. Por eso fijándose en esta última idea, estuvo cuatro dias sin tomar alimento alguno, á no ser un poco de pan que habia llevado consigo. Entonces, apercibiéndose de los temores de su prisionero, el carcelero que le habia servido la comida, y hacia cuatro dias que se llevaba intacto el alimento, meneó lentamente la cabeza y le dijo:

—Tú dudas de mí, Cosme, tú temes ser envenenado, y por este temor te dejas morir de hambre. Es hacerme poco honor creer que pueda prestarme á semejante crimen. No temas por tu vida, que está asegurada porque tienes muchos amigos en palacio y fuera de él, pero aun cuando debieses perder la vida,

pierde el temor con respecto á mí, porque para ejecutarla seria preciso otro ministro y no yo. Yo no mancharé mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya: jamás me has hecho ofensa alguna; tranquilízate, pues, come, y consérvate para tus amigos que te quieren. Para tranquilizarte mas, dispénsame cada dia el honor de permitirme sentarme á tu mesa y yo comeré el primero de todo lo que tú comas.

A aquellas palabras Cosme se sintió reanimado, abrazando á su carcelero llorando y jurándole un reconocimiento eterno, y prometiéndole acordarse de él si alguna vez la fortuna le proporcionaba los medios de recompensarle.

Olvida Maquiavelo decir si en los tiempos felices se acordó Cosme de la promesa hecha en los dias del infortunio.

El nombre de aquel carcelero, que no se dice, deja muy atrás á los carceleros conocidos y honrados de los Caigniez, Guilberto de Pixerecourt, Victor Ducange, y otros románticos.

Aviso á la posteridad que no hallándose recargada de carceleros, puede dar una buena plaza á este.

LA PLAZA DEL GRAN DUQUE.

Al salir del Palacio Viejo se tiene delante de sí y volviendo la espalda, el *Caco* de Baccio Bandinelli, y el *David* de Miguel Angel; gigantescos centinelas de aquel gigantesco palacio. A la izquierda, en el segundo término, la *Loggia dei Lanzi*; enfrente de sí, y en el tercer término, el techo de los Pisanos; por último, á la derecha el famoso *Marsocco* que dividió con Jesucristo el honor de ser gonfaloniero de Florencia: en fin, la fuente de Ammanato y la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan de Bolonia.

Baccio Bandinelli es la exageracion de Miguel Angel, cuyo talento no le salva de la exageracion sino por lo sublime. El fué el que hizo del Laocconte antiguo una copia que encontraba tan hermosa que la preferia al original. Contaron esta pretension á Miguel Angel, el que se contentó con responder:

—Es difícil pasar á un hombre cuando se le sigue por la espalda.

Los artistas admiran mucho el cuello del *Caco*. Baccio Bandinelli creia sin duda tambien que esto era lo mejor de su grupo, porque apenas estuvo ejecutada esta parte cuando la hizo modelar y la envió á Roma, Miguel An-

gel vió aquella copia y se contentó con decir: —Esto es hermoso, pero es preciso aguardar á lo demas.

En efecto, el resto, es decir, el dorso del *Caco* fué muy exactamente comparado á un saco de patatas.

Miguel Angel no era el único con el que Baccio Bandinelli estuvo en oposicion en puntos artísticos, y con el que tuvo disputas de palabra.

Benvenuto Cellini, que tenia el puñal tan listo como el cincel, le tenia un odio igual á la admiracion que le inspiraba Miguel Angel. Un dia encontráronse juntos los dos artistas delante de Cosme I. Comenzaron sus eternas disputas á pesar de la presencia del gran duque, y se acalararon hasta tal punto, que Benvenuto enseñando su puñal á su adversario:

—Baccio, le dijo, te aconsejo que te prepares para ir al otro mundo, porque como hay Dios! que cuento despacharte para él.

Entonces respondió Bandinelli: —Prevénme un dia antes para que me confiese y no me muera como un perro, y cuando me presente á la puerta del cielo no me tomen por tí.

El gran duque calmó á Benvenuto, encargándole hacer la estatua de Perseo, y á Baccio Bandinelli encargándole su grupo de Adán y Eva.

El David tiene tambien su historia, porque en Florencia todo aquel pueblo de estatuas y de cuadros tiene su tradicion individual: dormia hacia cien años en un grande trozo de mármol apenas desbastado desde que Simon de Fiesoli, escultor de principios del siglo XV, habia querido darle las formas de un gigante: pero habiendo el estatuario, poco experimentado, tomado mal sus medidas, habia quitado el trozo del pedestal, y el trozo yacia sin concluir, cuando Miguel Angel lo vió, tuvo compasion de aquel informe mármol, lo puso en pie y luchando con él cuerpo á cuerpo, de tal modo esgrimió el cincel y el martillo, que sacó de él aquella estatua de David. Miguel Angel tenia entonces veinte y nueve años.

Mientras este grande artista ejecutaba esta obra, recibió la visita del gonfaloniero Soderini, el único gonfaloniero perpétuo que ha tenido la república. Soderini con su tontería, que su secretario Maquiavelo ha hecho proverbial en una cuarteta, no dejó de hacerle críticas y mas críticas. Incomodado Miguel Angel aparentó ceder á una de ellas, y tomando al mismo tiempo que su cincel un puñado de polvillo de mármol, invitó á Soderini á que se acercase para ver si habia seguido bien su consejo. Acercóse Soderini abriendo sus ojos de tonto, y Miguel Angel hizo volar hácia ellos el puñado de polvillo de mármol que tenia escondido en su mano, lo que pensó cegarle.

Vasari y Benvenuto han hecho mal en decir que aquel David era una obra maestra. Los que han escrito despues sobre Florencia, han

hecho mal en decir que era una obra inferior. Es buenamente una obra de la juventud de Miguel Angel, llena á la vez de bellezas y defectos; empero que colocada donde se halla, concurre admirablemente al conjunto de aquella hermosa plaza.

La *Loggia dei Lanzi*, una de las obras maestras de aquel Andrés Orcagna que firmaba sus cuadros, *Orcagna, sculptor*, y sus esculturas, *Orcagna, pictor*; fué levantada primitivamente en 1374 para ofrecer á los magistrados en las *ralias* ó *reuniones* que se celebraban en la plaza pública, un refugio contra la lluvia, que cuando cae en Florencia cae á torrentes. Son los *Rostris* de aquel otro *Foro*. Desde allí, y desde la Ringhiera, especie de tribuna destruida en medio de una tempestad popular, y que se hallaba levantada en la puerta del Palacio Viejo, hablaban los oradores al pueblo. Bajo los Médicis, los lansquenes, habiendo tenido su cuerpo de guardia en la vecindad de la *Loggia*, y hallándose naturalmente desocupados como lo están siempre los soldados extranjeros, pasaban su tiempo en pasear bajo aquel hermoso pórtico. De aquí el nombre de *Loggia dei Lanzighinetti*, y por abreviacion *dei Lanzi*.

La *Loggia dei Lanzi* está ricamente adornada de estatuas antiguas y modernas. Estas estatuas, que son en número de seis, y que representan sacerdotisas ó vestales, provienen de la *Villa-Médicis* de Roma, y han perdido el nombre de sus autores. Las estatuas modernas, en número de tres, representan una Judit, un Perseo y un romano robando una sabina. Son de Donatello, de Benvenuto Cellini y de Juan de Bolonia.

La Judit de Donatello debe su ilustracion mas á la circunstancia que ha precedido á su instalacion actual que á su mérito artístico. En efecto, es una de las mas débiles y de las menos airosas estatuas del autor. Estaba en el palacio Riccardi y pertenecia á los Médicis; pero cuando Pedro, despues de haber entregado la Toscana á Carlos VIII, fué arrojado de Florencia y saqueado su palacio, resolvieron perpetuar la memoria de aquella venganza popular poniendo la estatua de la Judit debajo de la *Loggia* de los Lansquenets. En su consecuencia fué trasportada allí con gran pompa, y se grabó sobre su pedestal esta amenaza que Lorenzo II dejó á su vuelta subsistir sin duda por indolencia, y Alejandro á su advenimiento al trono por desprecio:

*Exemplum salut. publ. Cives posuere
XCCCCXCV.*

El gran duque actual probablemente ni aun ha fijado en ello la atencion: es demasiado querido para que esto pueda hacer alusion á él.

Al lado de la Judit está el Perseo, el Perseo que Benvenuto Cellini ha llamado tanto una obra maestra, que se ha hecho moda dis-

putarle este título, y que además vale poco más ó menos como todo lo que se hacía en aquella época. Además, cuando los artistas que conocemos por haberlo experimentado nosotros, supieran los afanes, y las fatigas de este laborioso parto, leemos en el mismo Benvenuto Cellini, todos los insomnios, trabajos y fiebres que le ha costado esta estatua; cuando asistimos á la lucha del hombre á la vez contra los hombres y la materia; cuando vemos faltar la fuerza al estatuario, faltar la leña al horno, faltar el metal al molde; cuando vemos el bronce ya fundido helarse, rehusando correr en la forma, y al artista desesperado echar en la caldera seca por el fuego, platos de estaño, cubiertos de plata, jarras doradas, y dispuesto á arrojarse él mismo, por último, con desesperación cual otro Empédocles á otro Etna, somos indulgentes con una obra que, si no es de primer orden, marcha al menos detrás de Miguel Ángel, á la par con las de Juan de Bolonia, y delante de las de Ammanato, de Tasca y de Baccio Bandinelli.

Pero lo que verdaderamente es delicioso, lo que nadie disputará por su lindísimo carácter, son las figuritas del pedestal, cuyo valor conocía tan bien Benvenuto, que riñó con la duquesa antes de privar de ellas á su estatua. Le gustaban tanto aquellas figuritas á la pobre Leonor de Toledo, que quería absolutamente conservarlas en su cuarto, y fué preciso toda la terquedad artística de Cellini para arrancárselas de las manos.

El tercer grupo es el Robo de las sabinas, de Juan de Bolonia, que á su aparición tuvo tal boga, que acudían de todas las partes de la Italia para admirarlo. Aquellas tres figuras, que además son de una gran belleza, tanto por la espresion de su rostro como por el modelo de las carnes, no tuvieron la suerte de agradar á todo el mundo. Un señor entre otros, que había salido de la calle del Corso de Roma á caballo para venir á verlas, y que había tardado cinco días en el camino, se acercó, siempre á caballo, se detuvo un instante, y sin bajarse de su cabalgadura:

—¿Y es esto por lo que han hecho tanto ruido? dijo.

Encogiéndose después de hombros, volvió á poner su caballo al galope, y volvió á tomar el camino de Roma. Aconsejamos á los que quisiesen seguir el ejemplo del curioso romano, que bajen del caballo y miren de cerca los bajos relieves del pedestal representando el Robo de las sabinas.

Enfrente del Palacio Viejo, contiguo al correo, hay un tinglado de madera que se llama el *techo de los Pisanos*, y que nada tiene de particular ni de notable sino la circunstancia que le ha hecho dar nombre.

Sábense las largas guerras y el eterno odio de estas dos repúblicas. En pequeño, Pisa fué para Florencia lo que Roma para Cartago; y Florencia, como Roma, no descansó mientras

que Pisa fué, si no destruida, al menos subyugada. Una de las victorias que concurren á esta sumisión, fué la de Cascina, conseguida por Galiotto, á seis millas de Pisa, y probablemente en el mismo sitio donde hoy está la quinta del gran duque. Perdieron los pisanos en aquella jornada, que fué la del 28 de julio de 1364, mil hombres muertos y dos mil prisioneros. Aquellos dos mil prisioneros fueron trasladados á Florencia en cuarenta y dos carretas, y entraron por la puerta de San Friano, donde los detuvieron para hacerles pagar la *gabela*, que fué tasada en diez y ocho cuartos por persona, precio que había costumbre de pagar por cada cabeza de ganado. Después los llevaron á son de trompeta á la plaza de la Señoría, donde los hicieron bajar de los carros, y donde los obligaron á desfilarse uno á uno por detrás de Marsocho y á besarle el trasero al pasar. Dos de aquellos desgraciados vieron un deshonor tan grande en estas nuevas horcas caudinas, que se ahorcaron con sus cadenas. Por último, los florentinos, pensando que podían emplearlos en algo mejor que esto, los utilizaron en construir ese techo que aun hoy lleva el nombre de sus constructores, y es llamado el *techo de los Pisanos*.

El Marsocho actual está inocente del suicidio de los dos pisanos, porque en el año de 1420 el Marsocho viejo, que databa del siglo X, se hizo pedazos, y la señoría mandó hacer otro á Donatello. Este es el que hoy se ve teniendo bajo sus pies el escudo con la flor de lis encarnada de Florencia, y que tiene el aire de un animal demasiado bueno para tenerle que reconvenir por nada.

La *f fuente del Ammanato*, á pesar de la reputación que se le ha dado, es á mi parecer una obra bastante mediana. Los caballos marinos y el Neptuno, no parecen hechos los unos para el otro; no tienen proporcion entre sí, y diríase que era un gigante tirado por jaquillas. Una cosa no menos raquíca, es el raquíco chorrillo de agua que destila de aquel coloso. En cambio las figuras de bronce del tamaño natural acurrucadas en los bordes del pilon, son encantadoras.

El año último notaron cierta mañana que faltaba una. Durante dos meses hicieron las mas activas pesquisas para saber qué había sido de ella. Al cabo de este tiempo se supo que un aficionado inglés la había robado: únicamente se ignora de qué medio se valió para aquel robo, pesando cada figura mas de dos mil libras.

Una cosa particular de aquella fuente es que está situada en el mismo punto en que fué quemado Savonarola.

Digamos dos palabras sobre este hombre extraordinario, sobre su carácter, sobre su suplicio, y sobre la memoria que ha dejado.

Fray Gerónimo Savonarola nació en Ferrara el 24 de setiembre de 1452; hijo de Nicolás Savonarola y de Elena Buonaconi.

Desde su infancia se notó en él un carácter grave, un exterior austero; y en cuanto tuvo edad para manifestar una voluntad, mostró deseo de hacerse religioso. Con este objeto estudió con sostenida aplicación la filosofía y la teología, leyendo y relejendo sin cesar las obras de Santo Tomás de Aquino, no suspendiendo aquellas graves lecturas sino para hacer versos toscanos. Era tan agradable esta ocupación á Savonarola, que él mismo se la prohibió muy pronto, reprendiéndose de tener tan grande afición á una distracción que miraba como mundana.

Llegado á la edad de veinte y dos años, soñó una noche que se hallaba espuesto desnudo en el campo, y que caía sobre su cuerpo una lluvia de agua helada. Fué tal la impresión, que se despertó, y al despertarse resolvió consagrarse á Dios, habiendo aquella lluvia bienhechora, según aseguraba, apagado para siempre las pasiones en su corazón.

Esta fué la primera de las visiones, que después le fueron tan frecuentes y familiares.

Al día siguiente, era el 24 de abril de 1475, sin decir nada á sus parientes ni amigos, huyó á Bolonia y tomó el hábito de Santo Domingo.

Hacia ya algun tiempo que el joven dominico se hallaba en Bolonia, cuando habiéndose encendido la guerra entre Ferrara y Venecia, resolvieron aliviar el convento de bocas inútiles. Fray Gerónimo Savonarola, cuyo genio no se había revelado todavía, fué del número de los desterrados. Vinose entonces á Florencia, donde halló ocasión de predicar una cuaresma entera en la iglesia de San Lorenzo; pero con la poca práctica que tenía, no alcanzó ni por la voz, ni por la acción, ni por la elocuencia, grande éxito.

Dudó él mismo entonces de la misión á que se creía llamado, y resolvió limitarse á la esplicación de las Santas Escrituras. Retiróse, pues, á un convento de Lombardia, donde contaba permanecer eternamente hasta que fué llamado á Florencia por Lorenzo de Médicis.

El joven Picco de la Mirandola había seguido las predicaciones de fray Gerónimo, y en medio de la cordedad de la elocución y de la falta de acción, había reconocido el acento del inspirado, la sombría y profunda mirada del hombre de genio. Pero ya había hecho un progreso inmenso Savonarola; había empleado el tiempo que había pasado en Lombardia en estudios de elocuencia; y cuando volvió á Florencia comenzaba á creer de nuevo que Dios le había elegido para hablar á los pueblos por su boca. Sus primeros ensayos le confirmaron en aquella creencia.

Además, el tiempo era propio para erigirse en profeta: la Italia se hallaba llena de facciones, y la Iglesia de escándalos. Inocencio VIII reinaba entonces, y sus diez y seis hijos le habían valido el sobrenombre de *padre de su pueblo*. Así Savonarola tomó por

testo de sus discursos tres proposiciones.

La primera, que debía renovarse la Iglesia.

La segunda, que la Italia sería azotada con varas.

Y la tercera, que se verificarían estos acontecimientos antes de la muerte del que los anunciaba.

Esta muerte debía verificarse antes del fin del siglo: como se estaba en el año 1490, todas estas profecías debían hacer tanto mas efecto cuanto que anunciaban cosas próximas, y que Savonarola, como aquel hombre que daba la vuelta por los muros de Jerusalem, después de haber comenzado por gritar, ¡desgraciados de los demás! terminaba por gritar, ¡desgraciado de mí mismo!

Lutero cumplió la primera de las predicciones de Savonarola.

Alejandro de Médicis la segunda.

Y Rodrigo Borgia la tercera.

Las predicaciones de Savonarola produjeron tal efecto, y atrajeron tal concurso de oyentes, que aun cuando se le concedió el Domo como la mas grande de las iglesias de Florencia, el Domo era muy estrecho para contener la muchedumbre que acudía á alimentarse con su palabra. Viéronse, pues, obligados á separar los hombres de las mugeres y los niños, y á reservar para cada uno de ellos un dia particular.

Además, todas las veces que Savonarola iba desde su convento al Domo y volvía del Domo á su convento había necesidad de darle una guardia. Las calles por las que debía pasar, estaban atestadas de hombres del pueblo que le miraban como un santo, y que querían besar su hábito.

Esta popularidad le valió el ser nombrado en 1490 prior de San Marcos, y con motivo de este nombramiento dió una nueva prueba de su carácter inflexible. Había costumbre, ó los predecesores de Savonarola habían de ello hecho casi una regla, de que los que eran promovidos á la categoría de priores en las órdenes religiosas fuesen á presentar sus respetos y homenajes á Lorenzo de Médicis, como á gefe supremo de la república y le suplicasen les concediese su protección. Savonarola, que no reconocía mas gefes de la república, que los que ella misma había elegido, rehusó constantemente verificar este acto de infidencia con un poder que miraba como usurpado. En vano sus amigos le instaron; en vano Lorenzo le hizo saber que le recibiría con placer: Savonarola respondió constantemente que era prior de Dios y no de Lorenzo; que no tenía que aguardar nada de él mas que el último ciudadano.

Compréndese bien, que esta respuesta hirió mucho al orgulloso Médicis: era la sola oposición que había encontrado en Florencia desde la conspiración de los Pazzi. Así, habiendo escitado algunos desórdenes las predicaciones exaltadas de Savonarola, aprovechó esta oca-

sion Lorenzo para hacer decir al monge rebelde por cinco de los primeros de la ciudad que suspendiese sus predicaciones, ó al menos que moderase su fogosidad. Savonarola respondió á esto con un sermón que terminó anunciando al pueblo la muerte próxima de Lorenzo de Médicis. Esta predicción se realizó diez y ocho meses después, es decir, el 9 de abril de 1492. Sucedió entonces, que hallándose en el lecho de la muerte Lorenzo el Magnífico, se acordó del pobre prior de San Marcos teniéndole por un inspirado, pues que había profetizado las cosas que sucedían, y no quiso recibir la absolución sino de él. Envióle, pues, á buscar, y aquella vez Savonarola, fiel á su promesa, acudió al lecho del moribundo, obrando en esto como hubiera podido hacerlo con el último ciudadano.

Lorenzo el Magnífico se confesó. Pesaban sobre su conciencia muchos crímenes desconocidos y ocultos, de esos crímenes que cometen los poderosos que quieren á toda costa conservar el poder. Empero por grandes que fuesen sus crímenes, Savonarola le prometió el perdón de Dios con tres condiciones. El moribundo que no esperaba verse libre á tan poca costa le preguntó cuáles eran aquellas tres condiciones.

—La primera, dijo el fraile es, que tengais una fé viva é inalterable en Dios.

—La tengo, respondió Lorenzo.

—La segunda, es que restituyais en cuanto sea posible los bienes mal adquiridos.

Reflexionó un instante Lorenzo: después haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo:

—Está bien, restituiré.

—Por último, la tercera es, que volvais la libertad á Florencia.

—¡Oh! en cuanto á eso, dijo el moribundo, mejor quiero condenarme.

Volviendo entonces la espalda á Savonarola, Lorenzo no pronunció ya mas palabra: espiró en el mismo día.

Y como su muerte, dice Maquiavelo, debía ser la señal de grandes calamidades, permitió Dios que fuese acompañada de terribles presagios. Cayó un rayo sobre el Domo y Rodrigo Borgia fué nombrado papa.

La tempestad predicha por Savonarola se iba acercando: Carlos VIII aparecía en el horizonte, marchando hácia su reino de Nápoles, amenazando pasar él y su cólera sobre Florencia. Savonarola fué diputado para salir al encuentro del ejército ultramontano.

El fraile permaneció fiel á su misión y habló al rey no como embajador sino como profeta. Le predijo la victoria y las gracias de Dios si devolvía la libertad á Florencia: le prometió los reveses y la enemistad del Señor si la dejaba bajo el yugo. Carlos VIII no vió en Savonarola mas que un buen religioso que se metía á hablar de política, es decir, de una cosa que no entendía. Pasó sobre Florencia sin atender á sus palabras y no dejó la ciudad

sublevada sino después de haber exigido de la señoría el levantamiento del secuestro puesto á los bienes de los Médicis y la anulacion del decreto que ponía á precio su cabeza.

Antes de un año la nueva predicción de Savonarola se hallaba cumplida. Las victorias se habían cambiado en reveses y Carlos VIII con la espada en la mano se había visto obligado á abrirse, por la batalla de Taro, un camino sangriento para retirarse á Francia.

Todo hasta aquí favorecía á Savonarola, y los acontecimientos parecían estar á las órdenes de su genio. Así su influencia en la república era tal, que después de la caída de Pedro de Médicis fué mas grande que nunca.

Recibió entonces de la señoría la comisión de presentar una nueva forma de gobierno. Savonarola, libre entonces de dar rienda á sus ideas democráticas, estableció su sistema sobre la base mas ancha y mas popular que se había presentado nunca á la república florentina.

El derecho de conceder los empleos y los honores debía residir en un gran consejo compuesto de todo el pueblo: y como el pueblo no podía ser convocado en masa á cada instante y por cada cosa que reclamase su examen y aprobacion debía conferir su autoridad á cierto número de ciudadanos elegidos por él mismo y á los que trasmitiese sus derechos. Para reunir aquella asamblea de elegidos debió Savonarola construir el Palacio Viejo por Cronada, su amigo, y aquella famosa sala del consejo en la que podían estar reunidos cómodamente mil ciudadanos.

No fué esto solo; después de la parte material de la libertad, si puede llamársela así, era preciso ocuparse de la parte moral, es decir, de las costumbres y las virtudes, sin las que no puede mantenerse. Los Médicis habían derramado el oro á manos llenas; el oro había producido el lujo, y el lujo los placeres. Florencia no era una república severa, donde la economía pública y privada permitiese al gobierno mandar á la vez á Arnolfo di Lapo hacer un nuevo recinto de murallas, una magnífica catedral, un palacio intomable, y un granero público donde pudiese encerrarse el trigo de todo un año. Florencia se había hecho muelle y voluptuosa; Florencia tenía sabios griegos, poetas eróticos, cuadros obscenos y estatuas impúdicas. Era preciso llevar el fuego y el hierro á todo esto: era preciso volver á los florentinos á la sencillez antigua: era preciso destruir á Atenas y con sus restos reedificar á Esparta.

Savonarola escogió la época de la cuaresma para tronar contra aquellas tendencias mundanas, para lanzar el anatema sobre todas aquellas perniciosas superfluidades. Su palabra tuvo su poder ordinario. A su voz se apresuraron todos á venir á amontonar sobre las plazas públicas cuadros, estatuas, libros, alhajas, vestidos de brocado y trages bordados. Entonces el fraile, seguido de una multitud de

mujeres y de niños, que cantaban las alabanzas á Dios, salió de la catedral con una antorcha en la mano, y fué por las calles encendiendo todas aquellas hogueras, renovadas todos los días, y todos los días devoradas.

En una de aquellas hogueras Fra Bartolomeo fué á arrojar sus pinceles eróticos y sus cuadros mundanos, que hasta entonces habían apartado su genio del divino camino. Convertido al Señor, Fra Bartolomeo juró no ocuparse en lo sucesivo sino de los asuntos religiosos; y cumplió su juramento.

Sin embargo, después de haber triunfado hasta aquel día, Savonarola iba por último á luchar cuerpo á cuerpo con el coloso contra el que debía hacerse pedazos.

Habia subido al trono pontifical Alejandro VI, y había llevado á él los desórdenes y escándalos de su vida privada. Cuanto mas alto bajaba el ejemplo de la impiedad y de la lujuria, tanto mas abominable era. Savonarola no vaciló un instante en atacar la corte de Roma con la misma vehemencia con que hubiese atacado la corte de Francia ó la corte de Inglaterra.

Alejandro VI creyó responder eficazmente á aquellos ataques fulminando una bula en la que declaraba á Savonarola herege, y le prohibía la predicacion. Savonarola eludió esta prohibicion haciendo predicar en su lugar á Domingo Bombicini de Pescia, su discípulo. Empero cansándose pronto del silencio, declaró sobre la autoridad del papa Pelagio, que una excomunion injusta no tenía eficacia, y que el que había incurrido en aquella no tenía ni aun necesidad de hacerse absolver. En su consecuencia el día de Navidad del año 1497, declaró en el púlpito que el Señor le inspiraba la voluntad de sacudir la obediencia, atendida la corrupcion del papa; y continuó sus predicaciones, ó mas bien sus ataques, con mas fuerza, libertad y entusiasmo que nunca.

Entonces hubo un momento en que para el pueblo florentino Savonarola no fué un hombre, sino un Mesías, un segundo Cristo, un semi-dios.

Pero en medio de todo aquel pueblo que al pasar él se ponía de rodillas, caminaba Savonarola triste y con la cabeza baja, porque conocía que estaba próxima su caída, y nada le había revelado que hubiera nacido Lutero.

Respondió á aquella rebelion Alejandro VI con un breve que declaraba á la señoría que si no prohibía la palabra al prior de los dominicos, todos los bienes de los mercaderes florentinos situados en el territorio pontifical serian confiscados, puesta la república en entredicho y declarada enemiga espiritual y temporal de la Iglesia.

La señoría, que veía crecer el poder pontifical en la Romaña, y que sentía á César Borgia á las puertas, no se atrevió á resistir, y esta vez intimó ella misma á Savonarola la orden de suspender sus predicaciones. Savonarola no podía resistir; además, la resistencia hubiera sido una infraccion de las leyes que él mismo había consentido. Se despidió, pues, de su auditorio en un sermón que anunció debía ser el último. Al mismo tiempo se anunció que otro predicador muy afamado había llegado en nombre de Alejandro VI para reemplazar á fray Savonarola y combatir la palabra impía por la palabra santa.

Compréndese que el recién llegado trabajó en vano en hacerse oír, porque la retirada de Savonarola en lugar de calmar la fermentacion la había aumentado. Hablábale de sus visiones divinas, de sus profecías realizadas, y anunciáronse milagros. Decíase que el prior de los dominicos había ofrecido bajar con el campeón del papa á las bóvedas de la catedral y resucitar un muerto. Estas noticias, en las que ninguna parte tenía Savonarola, esparcidas por sectarios demasiado celosos, llegaron á conocimiento de fray Francisco de Pouilla; este era el nombre del predicador que había llegado de Roma. Fray Francisco era de un temple semejante á Savonarola, y no tenía sino la desventaja de defender una mala causa. Además, ardiente, fanático, pronto á morir por su causa si su muerte podía hacerla triunfar, respondió á aquellos vagos rumores con un formal desafío: propuso entrar con el prior de los dominicos en una hoguera «y allí, decía, á la vista del pueblo, Dios dará á conocer su elegido.»

Era tanto mas estraña esta proposicion de su parte cuanto que no creía en un milagro; pero esperaba con esta proposicion decidir á Savonarola é intentar la prueba, y al morir arrastrar consigo al tentador que tantas almas precipitaba con la suya en la eterna condenacion. Por exaltado que fuese Savonarola, no esperaba que Dios hiciese un milagro en su favor. Además, no habiendo jamás propuesto el primer desafío, no se creía de ningun modo obligado á aceptar el segundo.

Pero entonces sucedió una cosa que prueba hasta qué punto había escitado el fanatismo de sus discípulos.

Fray Domingo Bombicini, mas confiado que él en la intervencion de Dios, hizo responder que estaba pronto á hacer frente á fray Francisco de la Pouilla y aceptar la prueba del fuego.

Desgraciadamente este sacrificio no era la cuenta de fray Francisco; éste quería deshacerse del maestro y no del discípulo, y si moría quería al menos que su muerte tuviese todo el brillo que podía darle un ilustre antagonista, con el que únicamente consentía en luchar.

Pero Florencia parecía atacada de una locura general. A falta de fray Francisco, dos frailes franciscanos, llamado el uno fray Nicolás de Pylly y el otro fray Andrés Rondinelli, declararon que estaban dispuestos á hacer frente por fray Francisco de Pouilla, y aceptar

la prueba del fuego con fray Domingo: en el mismo día en que se aceptó el desafío mortal, se extendió la noticia de él por toda la ciudad.

Quisieron los magistrados impedir el escándalo: era demasiado tarde. Contaba el pueblo con un espectáculo inesperado, inaudito, terrible, y no había medio de privarle de él sin esponer á la ciudad á alguna conmoción. Viéronse, pues, los magistrados en la necesidad de ceder: consintieron entonces en aquel extraño desafío entre fray Domingo Bombicini y fray Andrés Rondinelli, que habiendo probado ser el primero en fecha, obtuvo la preferencia sobre fray Nicolás de Pyly. Diez ciudadanos elegidos á pluralidad de votos, fueron encargados de redactar las condiciones de la lucha y de señalar el día y lugar. El día se señaló para el 7 de abril de 1498, y la plaza del Palacio ó mas bien de la Señoría, como entonces se llamaba, fué elegida por palenque.

Desde que se supo esta determinación, la muchedumbre se agolpó muy numerosa á la plaza, aunque todavía faltaban cinco días para llegar al señalado, y los jueces comprendieron que no habría medio de hacer los preparativos necesarios si no se ocupaba con soldados la plaza y las calles adyacentes. Con esta precaución tomada durante la noche, la plaza se encontró á la mañana siguiente vacía, y pudieron comenzarse los trabajos.

Se separó desde luego por medio de una valla, la *Loggia dei Lanzi* en dos divisiones, reservada la una á fray Rondinelli, y á sus franciscanos, y la otra á fray Domingo y los discípulos de Savonarola: después se levantó un tablado de madera de cinco pies de alto, por diez de ancho y ochenta de largo. Aquel tablado fué guarnecido todo de mimbres y de haces de leña de la mas seca que pudieron encontrar. En medio de la hoguera se hicieron dos especies de corredores de la longitud del tablado, separados uno de otro con una tabla de pino. Aquellos corredores se abrian por un lado sobre la *Loggia dei Lanzi*, y por el otro sobre el extremo opuesto. Todo debía hacerse á la luz del día, á fin de que cada cual pudiese ver á los campeones entrar y salir: no había, pues, medio de retroceder ni organizar un falso milagro.

Llegado el día, los franciscanos se fueron á su sitio sin ninguna demostración aparente. Savonarola al contrario, anunció una misa mayor á la que rogó á todos sus prosélitos que asistiesen: después, concluida la misa, en lugar de encerrar la hostia en el tabernáculo se adelantó hácia la puerta con el Santísimo Sacramento en la mano, salió de la iglesia y se fué á la plaza del palacio. Fray Domingo de Pescia le seguía con todas las apariencias de una ardiente fé llevando en la mano un crucifijo cuyos pies besaba de tiempo en tiempo sonriendo. Todos los frailes dominicos del convento de San Marcos iban detrás participando visiblemente de su confianza y cantando

himnos al Señor. En fin, detrás de los dominicos iban los ciudadanos mas considerables de su partido con hachas en las manos, porque seguros como estaban del triunfo de su santa empresa, querian ellos mismos prender fuego á la hoguera.

Inútil es decir, que la plaza se hallaba de tal modo atestada de gente, que la muchedumbre se extendía á todas las calles. Las puertas y las ventanas parecían tener paredes de cabezas; los terrados de las casas circunvecinas se hallaban llenas de espectadores: había curiosos hasta sobre las torres del Bargello, hasta el techo de la catedral y en la cúpula del Campanillo.

Sin duda, la seguridad de fray Domingo comenzó á inspirar algunos temores á los franciscanos, porque cuando se les avisó que fray Domingo estaba listo declararon que habían sabido que fray Domingo se ocupaba de magia y gracias á este arte componía hechizos y talismanes. En su consecuencia, pedían que su adversario fuese despojado de su hábito, visitado por gentes del arte y vestido con nuevos hábitos, lo que se haría todo por los jueces. Fray Domingo no hizo oposición alguna; se quitó él mismo su hábito que entregó á la investigación de los médicos, después de lo cual se puso un hábito nuevo que le trajeron é hizo avisar segunda vez al franciscano para ver si estaba listo. Entonces se vió obligado á salir del punto donde estaba Andrés Rondinelli; pero como vió al salir, que su adversario se preparaba á atravesar las llamas llevando en la mano el Santísimo Sacramento que Savonarola le había entregado, exclamó que era una profanación esponer á ser quemado el cuerpo de Nuestro Señor: además de que si había milagro, el milagro no tendria nada de particular, porque no sería el hermano Bombicini sino el hijo predilecto del mismo Dios el que se salvaría de las llamas. En consecuencia declaró, que si el dominico no renunciaba á aquel auxilio sobrenatural, él renunciaba la prueba.

Por su parte, Savonarola á quien por la vez primera le ocurrió la duda, y esto porque se trataba de otro y no de él, declaró que la prueba no se haría sino con aquella condición. Los franciscanos no quisieron ceder de sus pretensiones; Savonarola se aferró en su derecho y se mantuvo firme, y como ni unos ni otros querian ceder, pasáronse cuatro horas en esta discusión, durante las cuales el pueblo espuesto á un sol ardiente comenzó á murmurar tan alto y con tal impaciencia, que Domingo Bombicini declaró, que para concluir cuanto antes estaba dispuesto á intentar la prueba con un simple crucifijo. No había ya medio de retroceder no siendo el crucifijo mas que la imagen y no la presencia real de Dios.

Fray Rondinelli se vió obligado á someterse y se anunció al pueblo, que iba á comenzar la prueba. En aquel mismo instante olvidando sus fatigas y su cansancio comenzó á dar pal-

madas, como se hace en un teatro después de haber aguardado largo tiempo en un entre-acto.

Pero en aquel momento, por una extraña casualidad, estalló una violenta tempestad sobre Florencia. Hacia largo tiempo que aquella tempestad se estaba preparando sobre la ciudad sin que ninguno hubiese reparado lo que pasaba en el cielo: tan fijos y atentos tenían los ojos en la tierra. Cayeron tales torrentes de lluvia, que el fuego que se acababa de encender se apagó en el mismo instante sin que fuese posible volverlo á reanimar, aunque echaron allí todas las antorchas que pudieron procurarse y aunque trajeron fuego y tizonas encendidos de todas las casas que daban á la plaza.

Entonces la muchedumbre se creyó burlada, y como unos gritaban que el no haberse verificado la función era culpa de los franciscanos mientras otros afirmaban que la culpa estaba en los discípulos de Savonarola, el pueblo hizo alternativamente recaer la responsabilidad y su desagrado sobre los dos campeones y empezó á silbar y á burlarse de ambos.

A los gritos que oyó dar y á las demostraciones hostiles que vió hacer, la señoría dió orden de que la muchedumbre se retirase; pero á pesar de que la lluvia continuaba cayendo á torrentes nadie obedeció. Fué preciso, pues, al fin, á los adversarios atravesar la multitud. Esto era lo que aguardaba el pueblo. Fray Rondinelli fué seguido, apedreado y silbado y entró en su convento todo aporreado y con los hábitos hechos pedazos. Savonarola salió como había entrado con el Santísimo Sacramento en la mano, y gracias á esta santa salvaguardia llegaron sin accidente él y los suyos á la plaza de San Marcos, donde se hallaba situado su convento.

Empero desde aquel día se había destruido el prestigio de Savonarola, y no fué ya para el pueblo mas que un fraile fanático y un falso profeta. Fray Francisco de Poulla, éste enviado de Alejandro del que había salido la primera proposición y que había retrocedido cuando había visto á los franciscanos y á los dominicos comprometerse, aprovechó hábilmente aquel desengaño para animar contra Savonarola cuantos enemigos tenía en Florencia. Estos enemigos eran desde luego todos aquellos que mantenían una excomunion como valedera cualquiera que fuese la moralidad del papa que la hubiese lanzado; eran después todos los partidarios de los Médicis que creían que solo la influencia de Savonarola se oponía á su vuelta y que tenían tanto ardor en sus opiniones políticas que se los llamaba los *arrabiati* ó rabiosos.

Así el día siguiente, Domingo de Ramos, cuando Savonarola subió al púlpito para explicar su conducta del día anterior, los gritos de *fuera el falso profeta, fuera el herege, fuera el excomulgado*, se oyeron de todas partes re-

novados con tal encarnizamiento que Savonarola, cuya voz era débil, no pudo dominar aquel tumulto. Entonces, Savonarola, viendo que había perdido toda su influencia con aquel pueblo que la víspera todavía escuchaba sus menores palabras de rodillas, se echó la capucha á la cabeza y se retiró á la sacristía: después desde la sacristía saltó sin ser visto y pudo llegar á su convento. Pero aquel retiro no desarmó á los enemigos de Savonarola, que resolvieron perseguirle en su convento donde presumieron que se había retirado.

Los gritos de *San Marcos*, á *San Marcos* resonaron por todas partes. Aquellos gritos dados en las calles, amotinaron á todos los que escitaban el interés ó la venganza. El núcleo de la insurrección se engrosó á cada paso y pronto la muchedumbre fué á batir los muros de San Marcos como una marca de carne. Derribaron en un momento las puertas y las olas populares inundaron el convento.

Conociendo que era él contra quien se dirigian, Savonarola abrió su celda y se presentó en la puerta. Hubo entonces un instante de vacilación entre aquellos hombres habituados á temblar delante de él; pero dos *arrabiati* se arrojaron sobre él gritando, *á la hoguera el herege, á la horca el falso profeta*, é hicieron salir á Savonarola para llevarlo directamente al suplicio: con gran pena y trabajo dos magistrados, acompañados de un cuerpo de tropas, reunidas de prisa y corriendo á la noticia de aquella conmoción, consiguieron arrancarle de las manos del populacho prometiendo que se haría justicia y que no perderían nada por aguardar.

En efecto, el 23 de mayo, es decir, cuarenta y dos días después de la prueba que había concluido mal, se levantaba una segunda hoguera en la plaza del palacio. Un poste salía del medio de aquella hoguera y á aquel poste estaban amarrados tres hombres: estos tres hombres eran fray Francisco Savonarola, fray Domingo Bombicini y Silvestre Maruffi, que se encontraba allí, no se sabe cómo y al que se le había formado su causa por añadidura. Así el pueblo á quien se había cumplido la palabra con creces dándole mas de lo que esperaba, parecía completamente satisfecho.

Savonarola espiró como había vivido, con los ojos fijos en el cielo y tan desprendido de la tierra, que el dolor no le hizo dar ni un grito. Ya el fraile y sus discípulos se hallaban envueltos en llamas y todavía se oía el himno santo que cantaban en coro que anticipadamente iba por ellos á llamar á la puerta del cielo.

Así es como se verificó la última predicción de Savonarola.

Apenas murió cuando el recuerdo de toda su vida y el espectáculo de sus últimos momentos tan en armonía con aquel recuerdo hicieron abrir los ojos de los mas ciegos: los que tenían realmente interés en perseguir su

memoria como habian calumniado su vida, continuaron solo blasfemando su nombre. Pero aquel pueblo que habia encontrado siempre en él un consolador y un amigo, sintió bien pronto que aquel consolador y aquel amigo le faltaba. Buscó en derredor de sí sobre la tierra y no hallando nada, esperó buscarlo en el cielo.

Un año despues y el dia aniversario de su muerte la plaza donde se habia levantado su hoguera se hallaba cubierta de flores. No se pudo descubrir qué mano habia depositado aquellas flores sobre la tumba de Savonarola; cada cual dijo que habian sido los ángeles que habian bajado para celebrar la fiesta del mártir.

Todos los años fué aumentándose aquel tributo; pero como quedó ilusoria la investigacion del homenaje religioso, de donde procedian

aquellos ramos, resolvió Cosme I poner fin á él. Por poderoso que fuese, no se atrevió á chocar de frente con las simpatías populares: ordenó únicamente al Ammanato edificase una fuente en aquel lugar. Obedeció el Ammanato y la estatua de Neptuno ocupó el lugar donde se habia alzado la hoguera. Cerca de Neptuno está la estatua ecuestre de Cosme I, la mejor de las cuatro estatuas del mismo género que han sido ejecutadas por Juan de Bolonia: las otras tres son, creo, las de Enrique IV, Felipe II y Francisco I.

Esto es todo cuanto se halla sobre esta magnífica plaza, sin contar la *Galeria de los Oficios* que viene á dar á ella. Pero como la *Galeria de los Oficios* no puede recorrerse en una hora, dejamos para otro momento la visita que contábamos hacerla.

FIN



ÍNDICE.

El lago de Cuges y la Fuente de Rougiez.	4	Génova la Soberbia.	37
Improvisacion.	5	Liorna.	44
Tolon.	10	Repúblicas italianas.	52
Fray Juan Bautista.	13	Camino de Liorna á Florencia.	60
El Golfo Juan.	17	Florencia.	63
El hombre de la Máscara de Hierro.	21	La Pergola.	66
El capitan Langlet.	27	Santa María de las Flores.	70
El principado de Monaco.	30	El Palacio Riccardi.	83
El rio de Génova.	34	El Palacio Viejo.	89
		La Plaza del Gran Duque.	98